

MULTICULTURALISMO Y NACIONALISMO. DOS FALACIAS CON UN MISMO ORIGEN

José m^a méndez*

La ética como reino de la igualdad valiosa

Bajo el adjetivo *ético* incluimos aquí no sólo los valores estrictamente morales obligatorios, sino también el Derecho en general, civil, político, administrativo, mercantil, penal, etc. O sea, todo el ordenamiento jurídico, que refuerza una parte de lo ético con la coacción del poder estatal. Incluimos además toda la esfera de lo económico, con todos los contratos y mercados, ya sean de bienes, de servicios o estrictamente financieros. En definitiva, incluimos los valores económicos y jurídicos dentro de esta acepción amplia de ética en cuanto reino de la igualdad valiosa.

En efecto, la igualdad es el criterio decisivo para considerar algo como ético, en el sentido lato que aquí damos a este adjetivo. En todas estas actividades, lo mismo en las decisiones de un ser humano concreto que en las actividades de empresas, grupos políticos o asociaciones de todo tipo, la *igualdad* es vista como algo valioso. Y las desigualdades de cualquier tipo nos parecen discriminaciones odiosas e intolerables.

Los ejemplos son obvios.

Llamamos peyorativamente *acepción de personas* a un trato desigual por parte de autoridades o tribunales. *La ley es igual para todos* es una frase que en muchos países puede verse encima de los magistrados. Nos parecen intolerables

691



* José maría méndez es Presidente de la Asociación Estudios de Axiología.



Multiculturalismo

las discriminaciones en el derecho a votar, por más que hasta hace bien poco se marginaba a los negros, a las mujeres o a los pobres. Eso en el ámbito del derecho. Si se trata de economía, en la licitación de una obra pública se pide imparcialidad para decidir objetivamente cuál es la oferta más conveniente. Las empresas han de ser tratadas en pie de igualdad. Hay que prescindir de recomendaciones y amiguismos, atenerse a los méritos de las diversas propuestas. Para optar a un trabajo, o para abrirse camino en la vida se pide igualdad de oportunidades. Las excesivas e intolerables diferencias en bienestar material han dado lugar siempre a enormes y crueles revoluciones sociales en busca de una mayor igualdad, etc., etc.

Y por último, lo ético en el sentido estricto y habitual de este adjetivo –los valores morales obligatorios– se caracteriza ante todo por la igualdad. Estos valores son universalizables o iguales para todos. Si todos fuésemos limpios, todos saldríamos ganando y nadie perdiendo. Y lo mismo si todos fuésemos leales en el cumplimiento de la palabra dada. Va en la esencia de estos valores que todos nos tratemos como iguales. Justo por esto son universalizables y en consecuencia obligatorios. Su violación implica hacer daño directo a algunas personas en concreto, y en pura teoría a toda la humanidad.

En resumen, en el ámbito de *la ética en sentido lato* lo valioso es la igualdad, y las diferencias, discriminaciones o desigualdades de cualquier tipo son vistas siempre como antivaliosas.

La estética como reino de la desigualdad valiosa

También aquí hay que tomar la palabra *estética* en sentido muy amplio. No se trata sólo de las siete Bellas Artes. También entra en este ámbito todo lo artístico en cualquier aspecto o manifestación. Pensemos en las destrezas artesanales, en los deportes, el arte del toreo, las costumbres y tradiciones del folklore popular, el humor, los pasatiempos o entretenimientos de todo tipo. El se que afana por resolver un crucigrama realiza una actividad típicamente estética. Todo lo que ahora llamamos *actividades de ocio* entra dentro lo que consideramos aquí *estética* en sentido lato.

En violento contraste con el ámbito ético, ahora lo diferente, lo peculiar, lo distinto, lo desigual se nos aparece como algo valioso y deseable. Así tiene que ser, si inmediatamente nos espanta la sola idea de universalizar los valores estéticos, o sea, que todos hagamos lo mismo en este terreno. La igualdad en estética es siempre un empobrecimiento, una pérdida, algo antivalioso que debiera-no-ser. Si todos tocásemos el piano tan maravillosamente como Rubinstein, ni siquiera habría conciertos. Es mejor que unos pocos toquen muy bien y la mayoría no pueda hacer otra cosa que escucharlos con agrado. Las desigualdades, en vez de ser odiosas como en ética, ahora se convierten en estimulantes y enriquecedoras para todos.



También los ejemplos son obvios. En pintura, literatura, música y demás expresiones artísticas, no buscamos la monotonía de lo siempre igual, sino justamente lo contrario, lo nuevo, lo innovador, lo variado. Cuando un novelista se repite nos aburre. Nos atrae la persona que posee un carácter diferente del nuestro. La variedad y diversidad en las opiniones hace interesante la tertulia. La moda, que siempre cambia por definición, es lo más opuesto a lo repetitivo y cansino. Los diversos pueblos y grupos humanos están orgullosos de su lengua, su cultura, sus tradiciones y costumbres, precisamente porque en eso se distinguen de los demás. Toda novedad es bienvenida en lo estético y lo *déjà-vu* carece de atractivo.

Así pues, el contraste entre *Ética* y *Estética* no puede ser más drástico, por más que ambas actividades estén tan íntimamente entrelazadas en nuestra vida ordinaria, que no caemos en la cuenta de la radical oposición entre esos dos mundos. Si los valores éticos son obligatorios, justo porque son universalizables, los valores estéticos no son obligatorios, precisamente porque no son universalizables. Justamente porque son desiguales se hacen enriquecedores de nuestra personalidad, recomendables, deseables, atractivos, y además nunca hacemos daño a nadie por carecer de un valor estético determinado.

Un momento de reflexión basta para comprender que lo valioso en una zona es precisamente lo antivalioso en la otra. De ahí la enorme importancia de reconocer desde el principio esa tajante frontera entre ambos reinos de la actividad humana. No solemos ser conscientes de la existencia de esa tajante frontera, pero todos la cruzamos con gusto cuando empieza el fin de semana, y

694 con disgusto cuanto termina.



Nulla aethetica sine ethica

Obviamente, esta línea divisoria entre una zona presidida por la igualdad ética, y otra dominada por la desigualdad estética, no ha pasado desapercibida a los autores más perspicaces. Bergson habló de *les deux sources de la morale et la religion*. Tönnies contrapuso *sociedad (Gesellschaft)* a *comunidad (Gemeinschaft)*. Habermas distingue entre *ciudadanía* y *rasgos culturales*. Charles Taylor se refiere a la *identidad universal como seres humanos*, y la opone a *otras identidades particulares*. Sartori invoca un *consenso «in fundamentals»* que asegure un *pacífico disenso* en todo lo demás. Otros hablan de un *derecho humano*, universal e invariable, y lo oponen a los *derechos de los pueblos*, que varían en el tiempo y el espacio. Pero no se trata ciertamente de un descubrimiento reciente. Ya el mismo Séneca decía que todo hombre pertenece a *dos repúblicas*, la república de la entera humanidad y la república particular del grupo en que se ha nacido.

Todos estos autores, aunque con terminologías diversas y a veces confusas, advierten siempre que hay una neta frontera entre dos tipos de actividades y

organizaciones humanas, y caracterizan una zona por la igualdad y la otra por la desigualdad. Lo que se les puede objetar es que no aciertan a identificar la primera con lo ético y la segunda con lo estético. No toman la Axiología como punto de arranque para una reflexión omnicomprendensiva sobre el hombre y la sociedad.

En efecto, gran parte de las polémicas entre sociólogos, historiadores, y en general entre toda clase de pensadores, provienen de que no se parte de una visión global del hombre, de un panorama completo de lo humano, que contemple todas las actividades humanas sin dejar fuera ninguna, y que además obedezca a un esquema racional y a criterios sistemáticos. Pero justo este panorama previo puede proporcionarlo la Axiología, con una jerarquía bidimensional basada en *altura* de Scheler y la *fuerza* de Hartmann.

Por desgracia los autores modernos lúcidos son pocos, y además suelen ser mal comprendidos. Las diferentes terminologías de esos escasos autores, su incapacidad para llegar al fondo de la cuestión —el contraste entre deber-ser ético y deber-ser estético—, y sobre todo la supina ignorancia axiológica de políticos, periodistas, e intelectuales en general hace que, hoy por hoy, la opinión pública sea incapaz de diferenciar con precisión entre igualdad ética valiosa y diversidad estética también valiosa. Y más desconocida es todavía la precisa relación lógica entre ética y estética.

Pues hay algo más que una radical frontera entre ambos mundos. Aparte de la tajante distinción entre ética y estética, existe además una prioridad, una preferencia, un orden axiológico, que se formaliza con todo rigor en lógica como una condición necesaria o *sine qua non*. O sea, del tipo *si no..., entonces tampoco...*, tal como se refleja en el conocido aforismo que titula este epígrafe: *si no hay ética, entonces tampoco hay estética*. Si no se respeta previamente la igualdad ética, la actividad estética pierde su valor. Si se violan los valores éticos, desaparece la misma valiosidad estética.

Esta prioridad lógica de la ética respecto a la estética salta a la vista en cuanto aparece el menor conflicto. Veamos un ejemplo, que probablemente todos hemos presenciado alguna vez. Unos amigos están en distendida y alegre charla estética. Por eso mismo se gastan bromas, lo que es una típica expresión de vida estética. Pero si uno con poco tacto se pasa en la broma, o el otro es demasiado susceptible y se da por ofendido, surge el conflicto entre ética y estética. Se oye la frase fatal: *eso no te lo consiento*. Es como un cuchillo que cortase el ambiente. Todos se callan. Bruscamente se desciende de la feliz y despreocupada alegría estética a la crispada tensión ética. Y sólo si se restaura la paz ética, si uno pide excusas sinceramente y el otro las acepta con la misma sinceridad, pudiera si acaso rehacerse el alegre ambiente estético perdido.

La razón última de esta precedencia lógica se basa en que la igualdad ética está a la base del concepto mismo de persona. *Persona es el ente que tiene delante un mundo de valores éticos*. Y los valores éticos son los mismos para



todos los humanos. Todo genuino valor ético es generalizable. Si todos sin excepción fuésemos limpios o leales, nadie saldría perdiendo y todos ganando. Luego la limpieza y la lealtad son sendos valores éticos, y tanto el sucio como el desleal perjudican a toda la humanidad. Va en la esencia del deber-ser ético su carácter universal. Todas las personas tienen delante el mismo arco de valores éticos.

Y justo de ahí proviene la igualdad radical entre las personas. Precisamente por eso todas las personas merecen el mismo respeto y valen lo mismo política y jurídicamente, con independencia de cualesquiera otras determinaciones que provengan tanto de la naturaleza como de la cultura. Las demás *identidades particulares*, como diría Taylor, ya se trate de sexo, edad, color de piel, nación, raza, religión, creencias, costumbres, culturas, tradiciones, poso de la historia, etc., vienen después. Sólo son aceptables, si respetan la igualdad ética previa, que se fundamenta en que todas las personas tienen ante sí los mismos valores éticos. Aunque obviamente sólo una Axiología apoyada en la lógica formalizada moderna es capaz de precisar una tabla de valores éticos con un mínimo de rigor intelectual.

Las diferencias naturales no invalidan la igualdad ética

La igualdad ética, o el hecho de que valores éticos universalizables nos constituyen en personas y nos obligan a respetarnos como iguales, ha tenido otro formidable enemigo a lo largo de la historia de la humanidad. Es la vieja idea de

696



que no somos iguales por nuestro cuerpo, o por algún elemento perteneciente a lo que llamamos ordinariamente *naturaleza*. Hay hombres blancos y negros, y hasta cobrizos y amarillos. La palabra *raza* se ha usado en este preciso sentido, aunque hoy se sabe que carece de cualquier fundamento científico. Con todo, hemos visto al horrible racismo en acción en los Balcanes y no hace mucho. Pero hay otras muchas diferencias que consideramos *naturales*. Hay hombres altos y bajos, niños y ancianos, fuertes y débiles, sanos y enfermos, guapos y feos, listos y tontos, con oído o sin él para la música, hábiles o torpes para trabajos manuales, etc., etc.

Y a partir de estas diferencias naturales siempre se ha querido extrapolar una desigualdad ética, y más concretamente discriminaciones o derechos desiguales para ciudadanos iguales en cuanto personas.

Por una vez Hegel estuvo acertado al afirmar que «la proposición ordinaria según la cual los hombres son iguales por naturaleza contiene el equívoco de confundir el hecho natural con el concepto. Pues por naturaleza los hombres son desiguales» (*Enciclopedia*, par. 539)

Para evitar ese equívoco, distingamos entre naturaleza como concepto, que designaremos como *natura*, en latín, y naturaleza como hecho, para lo que usaremos *Natur*, en alemán.

Hoy día *Natur* lo identificamos sobre todo con el medio ambiente que intentan conservar los ecologistas. Este es justamente el sentido que damos aquí a la palabra *Natur*. Pues el término *naturaleza*, dicho o escrito sin más, está sujeto al equívoco señalado por Hegel.

En efecto, el incierto concepto filosófico de *natura* como la esencia de un ente en cuanto principio de sus operaciones –*agere sequitur esse*–, viene de Aristóteles y ha sido mantenido siempre como algo fundamental e intocable por la filosofía escolástica. Y lo sigue siendo. Basta observar las 26 entradas del concepto *naturaleza humana* en el Índice temático del Catecismo Oficial de la Iglesia Católica.

Como prueba de lo fácil que es incurrir en este equívoco, citemos una frase de Santo Tomás de Aquino: «como algunos tienen la razón pervertida por alguna *mala* disposición *natural* se explica que los germanos de otro tiempo reputasen lícito el robo, según refiere Julio César» (S.T., I-II, 94, 4). Pero según su propia filosofía, si algo es *natural*, no puede ser *malo*. La regla establece que es bueno lo *secundum naturam* y es malo lo *contra naturam*. ¿Cómo entonces puede pervertirse la razón por una *mala* disposición *natural*?

En realidad, lo que Santo Tomás tiene en su mente es lo *habitual*. Y ciertamente lo habitual puede ser malo. Basta ver la corrupción de los políticos en nuestros días. Pero confundir lo que la gente hace habitualmente con lo que *debe-hacer* o *debe-no-hacer* es incidir de nuevo en la falacia *es* → *debe ser*, denunciada por Hume de una vez para siempre. El doble sentido del adjetivo *natural*, o de la palabra *naturaleza*, es la sutil trampa en que ha caído la ética aristotélico-tomista. Aunque tampoco nunca ha estado sola. En nuestros días los partidarios de la ética dialógica de la Escuela de Frankfurt inciden en el mismo engaño. El suspirado consenso, si por ventura se alcanzase alguna vez, sería en todo caso un hecho de este mundo, del que no cabe derivar ningún *deber-ser*.

La lógica moderna demuestra de modo inapelable que no conocemos las esencias de las cosas, y por tanto tampoco la naturaleza en cuanto principio de las operaciones de una esencia. Esencia de algo sería conocer todas sus propiedades monádicas, y además todas sus relaciones poliádicas con el resto del cosmos. Algo que excede obviamente la capacidad de la mente humana. En un rasgo de sinceridad el propio Santo Tomás de Aquino reconoció que «no conocemos ni siquiera la esencia de un mosquito» (*Collationes de Credo in Deum*. Prólogo). *A fortiori* tendría que admitir que tampoco conocemos la tan invocada *naturaleza humana*.

La igualdad ética entre personas no se basa por tanto en el inalcanzable concepto metafísico de *natura*, sino en el hecho antes citado de que todas las personas tienen ante sí el mismo arco o tabla de valores éticos. Y los valores se conocen por una percepción directa del deber-ser o *intuición axiológica*, como proponemos llamarla.

Estos valores indican la finalidad de nuestra presencia en este mundo, la meta



a conseguir con nuestra vida y todas nuestras acciones. Los valores éticos son fines objetivos para la persona humana. La vida ética empieza por respetarnos unos a otros como personas iguales porque todos compartimos los mismos valores-fines.

Convencer a los hombres de que a partir de diferencias basadas en *Natur* no se deduce ninguna desigualdad ética, o en *derechos fundamentales* como ahora se dice, es una tarea aún no acabada, desde luego. Y sin embargo en 2016 un negro ocupa la Casa Blanca en Washington, lo que era un *dream* para Luther King. Y ni siquiera Sabino Arana se atrevería en nuestros días a invocar el espanto de una imaginaria *raza vasca*.

Aunque en el aspecto práctico quede mucho camino por delante, este viejo enemigo de la igualdad ética no es hoy día tan temible como antes en el aspecto teórico. En cambio, el enemigo más activo en nuestros días contra la igualdad ética lo encontramos sobre todo en la ignorancia de la diferencia entre ética y estética y de la prioridad de la primera en caso de conflicto.

Regla de Oro para la convivencia humana

Con todo, era oportuno recordar la insuficiencia lógica del superado criterio moral *secundum naturam*, antes de dirigir nuestra atención al mayor peligro en nuestra época contra la igualdad ética entre los ciudadanos.

Enunciemos por tanto esta sencilla Regla de Oro: «En ética, igualdad obligatoria para todos; en estética, libertad para todos con la única limitación de respetar la igualdad ética previa».

Examinemos a continuación los dos ejemplos más actuales de violación de esta Regla de Oro: multiculturalismo y nacionalismo.

698



Multiculturalismo. Destruir la democracia en nombre de la desigualdad estética

La primera desastrosa consecuencia del multiculturalismo es fomentar o estimular los valores estéticos a costa de pisotear valores éticos. Con la excusa de diferencias estéticas, de suyo valiosas, se pretende introducir intolerables diferencias en derechos políticos o civiles, o hacer ciudadanos de primera y de segunda, destruir la igualdad ética en definitiva. Sólo en los países donde más o menos se vive la Regla de Oro, o hay un mínimo efectivo de igualdad ética o ciudadana, puede darse un pluralismo cultural que no ofenda a nadie y enriquezca a todos.

Un tema muy debatido hoy día es la *oposición entre democracia y multiculturalismo*. Se dice, por ejemplo, que la democracia es un producto de la cultura occidental. Por tanto no puede imponerse a toda la humanidad, y más en concreto al mundo islámico, con tan fuertes componentes culturales y religiosos en su

contra. El *principio de equiparación cultural* –etiqueta usada para enmascarar el error axiológico del multiculturalismo– se invoca como una conquista lograda por la filosofía postmoderna. Demostraría que todas las culturas están en pie de igualdad y son igualmente respetables. Cada cultura escoge libremente su organización política o civil, que pudiera ser democrática o no. También las culturas no democráticas merecen respeto. La democracia debe ceder ante el multiculturalismo.

Enseguida observamos que el multiculturalismo incide sobre todo en la estética, donde la desigualdad es valiosa, mientras que la democracia pertenece a la ética, en que la igualdad es valiosa. La democracia atribuye igual derecho a todos los ciudadanos para elegir o deponer a los gobernantes. Por tanto, el error de partida del multiculturalismo, o equiparación de las culturas, estriba en desconocer la fundamental prioridad de los valores éticos sobre los estéticos en caso de conflicto.

En efecto, la *democracia* es un valor ético y por ende universalizable y obligatorio para todos los humanos. Todos los seres humanos son iguales en dignidad. Por tanto nadie tiene autoridad innata sobre nadie, salvo en la familia en que la misma naturaleza justifica la autoridad de los padres, y sólo mientras los hijos no puedan valerse por sí mismos. Pero como en la vida social, en todas sus manifestaciones y actividades, se necesita siempre una autoridad, un timonel que decida sobre el bien común y resuelva los problemas, la *democracia* se nos presenta justamente como el valor ético que respalda la autoridad del que manda, el cual ha sido elegido entre sus iguales y ante ellos responde. La democracia es el valor ético que explica y justifica la existencia del poder político, e incluso de todo poder o autoridad, salvo la de los padres sobre sus hijos. Si no existiera tal valor, el poder político no podría reclamar el derecho a mandar, y menos aún tendría sentido la obligación de obedecer en conciencia a la autoridad elegida democráticamente.

La democracia no es una costumbre occidental, sino un valor ético universal. No hay autoridad humana valiosa o justa, si no procede de la elección libre entre personas iguales. Y éstas retienen la potestad de destituir al elegido, si no se atiene a lo que de él esperan los electores. Por tanto la desigualdad multicultural, válida en la zona estética, no puede extrapolarse para destruir los valores éticos de la igualdad y la democracia que son más *bajos y fuertes*, en terminología de la moderna Axiología.

Por otra parte, la democracia, como genuino valor ético, es perfectamente compatible con las diferencias culturales, las cuales se sitúan en la zona estética. Justo la tolerancia cultural es la marca distintiva de la supremacía axiológica de Occidente sobre el resto del mundo. Se inició con los pensadores españoles de la Escuela de Salamanca en los siglos *xvi* y *xvii*, se afirmó luego con la monarquía parlamentaria en Inglaterra y la Revolución americana. Incluso, y a pesar de sus múltiples excesos y horrores, también se avanzó algo con la revo-



lución en Francia en 1789, y las revoluciones de 1830 y 1845 en varios países europeos.

Se buscó substituir el poder absoluto de los reyes por monarquías constitucionales, con un reconocimiento más o menos explícito de la soberanía popular. Y al mismo tiempo se hacía posible una mayor tolerancia cultural y religiosa. Se rompía el vínculo entre el Trono y el Altar, entre la religión dominante y la autoridad política. Y por lo mismo se abría la puerta a tolerar otras culturas y otras religiones. En la medida en que se avanzaba en verdadera democracia, la desigualdad en lo estético se hacía compatible con la paz social que sólo asegura la igualdad ética previa.

Por desgracia, no ha ocurrido lo mismo en los países islámicos. Aún no han separado el Trono del Altar. Aún no han introducido la democracia. Sus gobernantes son sostenidos por algún tipo de violencia más o menos represiva. Y da igual que estos regímenes que mezclan lo ético con lo estético miren a la derecha como Mubarak, o a la izquierda como Gadhafi. Los clérigos detentan todo el poder político en Irán desde el nefasto derrocamiento del Sha. En Marruecos, uno de los más evolucionados países islámicos, Mohamed VI es al mismo tiempo el Jefe del Estado y el Comendador de los creyentes. Los reyes y emires de la Península Arábiga no tienen límites a su poder. Como dice Sartori, el Islam tiene pendiente la asignatura histórica de aceptar la democracia política.

Aparte de la lamentable situación político-social de los países islámicos y su obvio retraso axiológico, el multiculturalismo es más bien un error teórico de miopes ideólogos izquierdistas de Occidente, como Ch. Taylor y Habermas,

700



por ejemplo. No es tanto una calculada mala fe por parte de los políticos o intelectuales islámicos. Estos se sienten continuadores legítimos de ancestrales tradiciones político-culturales, y simplemente se aprovechan de la estupidez de los políticos occidentales, que no les exigen la aceptación explícita de los principios democráticos vigentes en Occidente. Y por otra parte, muy pocos autores —Giovanni Sartori es casi el único—, se atreven en Occidente a proclamar sin complejos la superioridad axiológica de Occidente sobre el Islam. La idiotez dominante entre nosotros llega al punto de otorgar a inmigrantes, que no aceptan la democracia en el interior de su conciencia, derecho a votar en elecciones municipales.

Probablemente el máximo de la estulticia occidental lo alcanzó el Presidente americano Carter, que en 1979 forzó la caída del Sha Reza Pahlevi, la persona que más podía hacer por sacar al Islam de su atraso axiológico respecto a Occidente. Los autores del espantoso atentado contra las Torres Gemelas de New York eran sin duda extremistas, fanáticos y radicales. Pero lo más tremendo es que el Islam, como cultura y como religión, carece de doctrina axiológica para educar en la tolerancia. En Occidente tenemos el Evangelio, que siempre ha predicado el amor y el perdón. Aunque los cristianos no hayamos logrado nunca vivir ese excelso ideal, no por eso el Evangelio ha dejado nunca de seña-

lar la única ruta para alcanzar un mundo mejor. El Cristianismo es compatible con la Axiología. Es Islam no lo es. El multiculturalismo consiste en la gran falacia poner ambas religiones al mismo nivel de racionalidad.

Dicho de otra manera. En el Evangelio se encuentra la frase «si, cuando vas a poner tu ofrenda en el altar, recuerdas que tu hermano tiene una queja contra ti, ve primero a reconciliarte con tu hermano y luego pondrás tu ofrenda en el altar» (Mt 5,23) La ética es reconocida explícitamente como condición *sine qua non* para la verdadera religión. Pero por mucho que rastreemos en las páginas del Corán, nunca encontraremos esta idea, ni siquiera algo remotamente parecido. Y aquí está la madre del cordero, como se dice en castizo.

Nacionalismo. El uso perverso del lenguaje

Pasemos a la falacia del nacionalismo.

Según Fichte «los pueblos germánicos que aceptaron la lengua romana profanaron su antigua ética» (*Reden an die deutsche Nation*. Trad. Esp. Tecnos, Madrid 1988, 75). ¿Qué extraña relación pudo observar este padre del nacionalismo entre el lenguaje y la ética? Dejando aparte otros aspectos reprobables del nacionalismo, nos concentramos aquí en su torticero uso del lenguaje, pues también aquí tropezamos con el tema de la relación correcta entre ética y estética.

En efecto, el lenguaje es hoy día el arma arrojadiza que más emplean los nacionalistas y el argumento al que más apelan para justificar su fanática ideología.

La formalización de la lógica ha propiciado que tengamos ordenadores y la formidable revolución informática y tecnológica que se ha puesto en marcha. Pero en el aspecto teórico ha servido también para distinguir con toda nitidez entre lo formal y lo material en el lenguaje, lo que antes sólo se sospechaba de modo confuso. Ahora distinguimos con todo rigor entre lo estrictamente formal —el moderno cálculo lógico— y la inmensa variedad de palabras materiales que designan algo. Actualmente hay unas 6.000 lenguas en el mundo. Pero sólo difieren en lo material. En lo formal no hay más que un único lenguaje para todos los humanos, que es la lógica formalizada.

Antes de Babel las palabras materiales que designan algo se reducían a gestos indicativos de alguna realidad que está presente o que ocurre ahora. En la Prehistoria no había palabras materiales fónicas. Hace 2 millones de años, y en algún lugar de la costa oriental de África, dos primates macho y hembra se convirtieron en hombre y mujer mediante el asombroso don de los operadores lógicos. Y si se trató de varias parejas, fueron ciertamente muy pocas, como sugieren los hallazgos paleontológicos. Entonces pudieron pensar y comunicarse sus pensamientos mediante un lenguaje de gestos.

El agudo Swift lo hace notar en uno de los curiosos viajes de Gulliver. El dice



de modo impreciso que *no habían descubierto aún el lenguaje*. Lo correcto es que *no habían descubierto aún el lenguaje fónico*. Pues hay que suponer que los primeros humanos no podrían emitir más que los 3 o 4 sonidos diferentes que ahora vemos puede conseguir un mono. Al principio la gran mayoría de las palabras materiales tenían que ser gestos.

En efecto, los gestos suplen perfectamente a las palabras materiales que ahora componemos con fonemas. Quizá el gesto más antiguo y expresivo de todos sea extender el dedo índice señalando un objeto o una persona, como también nota Swift. Pero incluso en nuestros días basta ir a Nápoles para comprobar la enorme variedad de gestos eficaces para designar cosas o acciones, que todavía se conservan. En cierta ocasión, y con una carta en la mano, yo mismo fui capaz de mantener en lenguaje exclusivamente gestual esta hermosa conversación.

—¿Podría decirme dónde echar esta carta en un buzón de Correos?

—Siguiendo esta calle, segundo cruce a la derecha.

Tanto mi interlocutor como yo emitimos múltiples ruidos con nuestros evolucionados aparatos fonadores y cada uno en una lengua completamente desconocida para el otro. Con ello sólo conseguimos *hacer vibrar el aire, sin llegar al corazón*, como dice San Agustín. Pero los gestos hicieron el mismo servicio que los actuales fonemas. Bastaron para interpretar material o semánticamente la estructura formal de nuestros respectivos pensamientos. Obviamente no se trató de la traducción de fonemas en gestos, como se hace ahora para los sordomudos. Eso es lenguaje fónico traducido a gestos. En cambio, nuestros gestos fueron tan genuina y directamente expresivos como pudieron serlo los usados en la Edad de Piedra.

702



Se supone que hace cien mil años la evolución darwiniana consiguió por fin que nuestro aparato fonador pudiese emitir los 27-28 fonemas mínimos de un lenguaje hablado. Entonces vino la dispersión y la incomunicación. El lenguaje gestual único e igual para todos los humanos se perdió. Desde entonces el lenguaje sirve para separar unos hombres de otros, en vez de unirlos. La Torre de Babel no es un mito completamente inventado, como se suele pensar. Por el contrario, se trata del recuerdo aún no extinguido de la época feliz en que no había más que un único lenguaje gestual para todos los humanos. Entonces el lenguaje sólo servía para unirlos. Los nacionalistas no hubieran podido prostituir el lenguaje para separar, en vez de unir.

Insistamos. El lenguaje de todos los humanos sigue siendo formalmente único. Las mismas reglas lógicas rigen todos los idiomas del mundo. Es la gran conquista teórica de Frege, Peano y Boole. Lo único que varía son las palabras materiales, la gramática. Para el mismo mueble hay varios vocablos como *mesa, table, Tish, stol*, etc. Sin embargo la lógica como tal es única, aunque las gramáticas sean múltiples.

Podemos establecer por tanto un cierto paralelo entre lógica e igualdad ética valiosa, por un lado, y entre gramática y desigualdad estética y también valio-

sa, por otro. Volviendo a la extraña frase de Fichte, los pueblos germanos que aceptaron el latín, no cambiaron de lógica, sino en todo caso de gramática. Y eso no es una violación ética, sino una licencia estética a la que se tiene perfecto derecho. Claro que Fichte habló desde la ignorancia de estas sutilezas. Cambiar de lógica es imposible. Y cambiar de gramática no es una traición moral, sino un inocente y legítimo capricho de la moda estética.

Lenguaje e independencia política

El nacionalismo esgrime hoy día el lenguaje como fundamento de un presunto derecho de autodeterminación. Los que hablan una lengua específica tienen por eso mismo derecho a convertirse en un estado soberano e independiente. Dado que hay en el mundo 6.000 lenguas suficientemente distintas, hay que pasar de los 200 estados soberanos actuales a 6.000. Sin duda eso sería un gran alivio para la actual crisis económica. De un plumazo crearíamos 36 millones de embajadores. Y sólo con secretaria y conserje en cada embajada, habría otros 72 millones de puestos de trabajo adicionales.

Ciertamente el lenguaje es la base fundamental de lo que entendemos hoy por *identidad cultural*. No se trata sólo de la materialidad de un grupo humano que usa unos determinados fonemas, sino de todo el acervo de literatura, poesía y música acumulado en esa lengua. El tesoro más apasionadamente querido de un pueblo es su historia y la riqueza de sus tradiciones y costumbres conservadas gracias al lenguaje. Sin embargo, el absurdo anterior basta para convencernos de que es una enorme falacia derivar de ahí un derecho a la autodeterminación o independencia política. Se trata sólo de pura propaganda de los nacionalistas, carente de cualquier base racional. Fundamental o formalmente, todas las lenguas del mundo se estructuran sobre la misma y única lógica, que hoy conocemos con total rigor.

Sin duda la bandera nacionalista sirvió en el siglo xix para la reunificación de Alemania y de Italia. Pero se trata de un hecho, del que no se deriva ningún *deber-ser*. La racionalidad política es un tema en el que no entramos aquí. Con todo, sí podemos dejar sentado que el lenguaje por sí solo no justifica racionalmente la creación de ningún estado soberano e independiente, pasado, actual o futuro.

Más bien el hecho lógico y formal de que no hay más que un solo lenguaje para todos los humanos debiera unirnos mucho más de lo que pueda separarnos el hecho material de 6.000 idiomas que suenan de modo diferente. Todos cumplimos las mismas leyes lógicas al usar con éxito el lenguaje. Sin ellas, no sólo no podríamos hablar, sino ni siquiera pensar. Los nacionalistas usan el lenguaje para separar y dividir, para enfrentar unos humanos contra otros. Pero si fuésemos mínimamente inteligentes, emplearíamos el lenguaje para lo contrario, para promover la igualdad ética en vez de destrozarla.





Y si respetásemos la igualdad ética de la única lógica para todos los humanos, entonces seríamos tolerantes con la desigualdad estética de las 6.000 gramáticas ahora existentes. Eso es una riqueza estética para toda la humanidad. Pero con la condición de que se reconozca la igualdad ética previa de una misma lógica para todos los humanos. Nadie impondría una lengua oficial y excluyente. Nadie prohibiría a nadie hablar de una manera u otra. Los gobiernos garantizarían que cualquier familia eduque a sus hijos en la lengua de su preferencia. No habría interferencias políticas en cuestiones lingüísticas. Si un forastero que habla un lenguaje desconocido se presenta en un Ayuntamiento para solicitar un permiso, la autoridad proporcionaría inmediatamente un intérprete.

Las mentes más despiertas siempre han estimado como propias las culturas ajenas en la medida en que las conocen. Goethe fue acusado de mal alemán por no odiar a los franceses. Su respuesta fue magnífica «¿Cómo podría odiar yo a una nación que es una de las más cultas del mundo y a la que yo debo gran parte de mi cultura personal?» (Goethe, Marcel Brion, Trad. esp. Barcelona 1989, II, 201).

La alusión al odio no es casual. Hay un triple error axiológico en el nacionalismo: 1º no se respeta la igualdad valiosa en ética; 2º se impone una igualdad odiosa en lo estético; 3º se ignora que la ética es condición *sine qua non* para la estética. No es extraño que, como consecuencia inevitable de este triple error, se llegue a la más siniestra degeneración de los sentimientos: *para amar lo propio hay que odiar lo ajeno*. Odio, resentimiento, envidia y amargura son ciertamente el triste patrimonio de un corazón envenenado por el nacionalismo.

Intolerancia de los nacionalistas con la variedad estética del lenguaje

El lenguaje es la base de la cultura o vida estética. Por eso los políticos e ideólogos nacionalistas, y mucho más si llegan al gobierno, ven siempre un peligro en la valiosa multiplicidad cultural y estética. Imaginan que la deseada unidad política necesita el complemento de la igualdad cultural. En consecuencia, los nacionalistas nunca son demócratas, sino intolerantes, agresivos, totalitarios, fascistas. Tratan siempre de vincular abusivamente su propia lengua con el territorio que dominan políticamente, o aspiran a dominar. Con mentalidad obtusa y cerril quieren imponer su propia estética única, eliminar las diferencias precisamente allí donde son valiosas.

Hacen obligatorio lo que por definición es no-obligatorio. Pues va en la misma esencia de los valores estéticos el ser optativos, voluntarios o de libre adhesión. La vida estética nunca puede imponerse, nunca puede ir acompañada de la coacción jurídica. Esta sólo tiene sentido en Ética, nunca en Estética.

Ignoran, como Fichte, que desde el punto de vista formal el lenguaje de los demás es el mismo que el suyo. Bajo este enfoque se diría incluso que la lógica es el único deber-ser que llega plenamente a ser en este mundo. Todos nos

arrodillamos ante las mismas leyes lógicas, incluso los nacionalistas. Pero en cuanto a lo material de cada lengua, cada grupo humano tiene el mismo derecho que cualquier otro a construir su propia fonética distinta de los demás. Y todos debemos respetar el lenguaje de los otros, aunque no lo entendamos. El poder político no puede obligar a nadie a hablar de determinada manera, lo mismo que no tiene autoridad para decir a un ciudadano cómo debe vestir, o debe peinarse, o debe lavarse.

La obtusa cerrazón de los nacionalistas hace imposible la deseable desigualdad estética, pacífica, tolerante y enriquecedora para todos. El antiguo y arbitrario lema *cuius regio eius religio* se convierte ahora en la no menos letal imposición *cuius regio eius lingua*. Se vuelve a la odiosa prepotencia del más fuerte. Se asesina la igualdad ética. Y una vez desaparecida la democracia, no queda más que el enfrentamiento salvaje, la ley el más fuerte, lo más opuesto a la cultura y la estética, en cuyo nombre los nacionalismos levantan paradójicamente su bandera.

Por desgracia resurge entre nosotros el veneno del viejo y nunca muerto *nacionalismo*, que tantos desastres ha causado a la humanidad y amenaza causar de nuevo. Parece que hemos olvidado la Segunda Guerra Mundial y el funesto nacionalismo que la desencadenó, el *nazismo* por antonomasia. Los nacionalismos, son la esperable y amarga herencia del error teórico de desconocer la radical frontera entre Ética y Estética. La humanidad todavía arrastra el peso de una enorme ignorancia axiológica en que todo se mezcla y se confunde. Se quiere imponer por la fuerza el modo de hablar o de vestir, se deforma la realidad histórica y se miente a sabiendas, se reclama irracionalmente la independencia política como un imaginario derecho basado en una estética que pisotea la ética previa. Falacias todas cuyo origen último es la crasa ignorancia de la diferencia entre los valores éticos y los estéticos. El nacionalismo tiene el mismo viciado origen del multiculturalismo. ■

